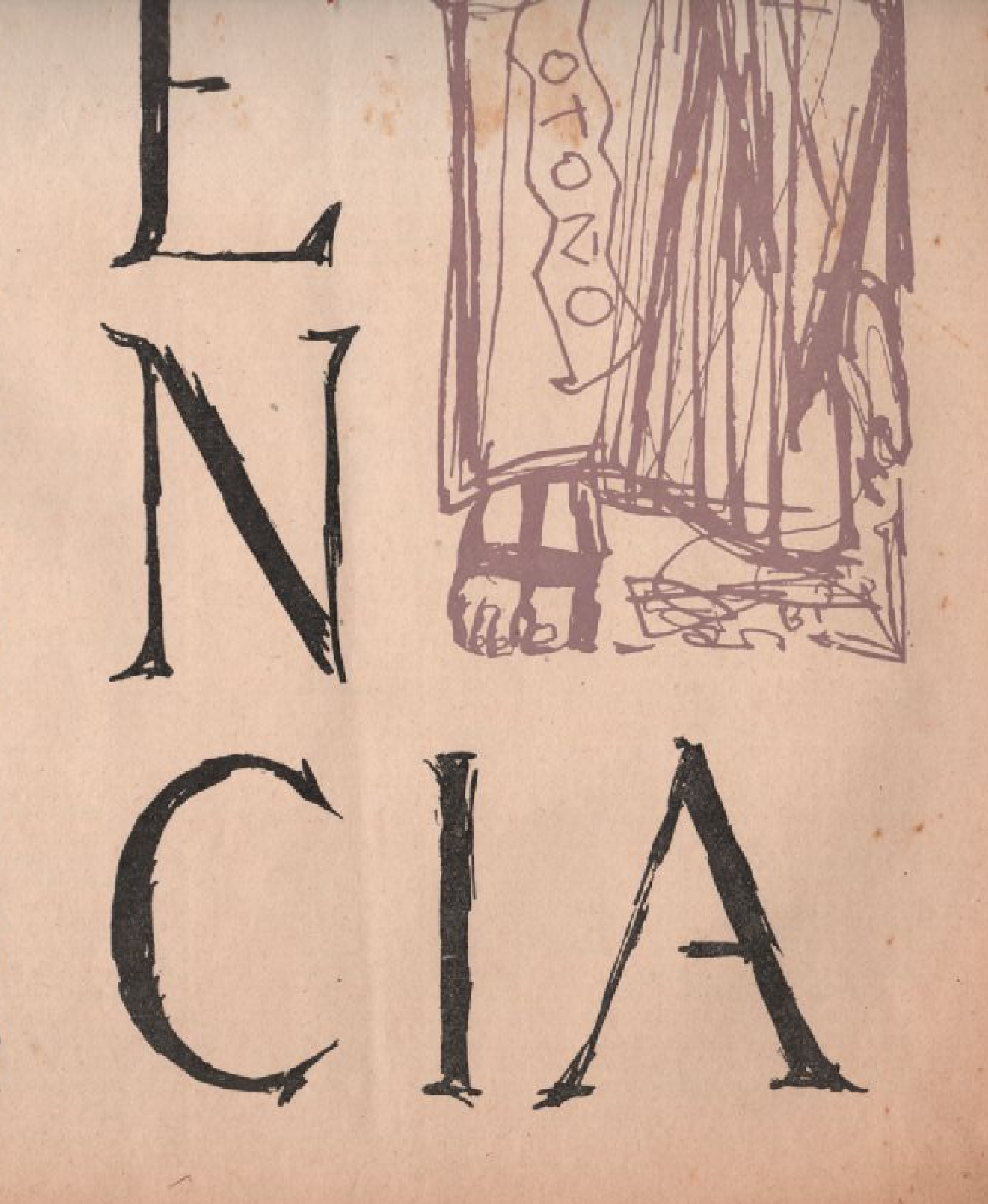
PRESE



LIBERAL.- ARNALDO MUSICH: EL CATOLICISMO FRENTE AL LIBERALISMO.- CUM CAESARE: HISPANISMO ACADEMICO.- PALABRAS DE PIO XII.- DIBUJOS DE EDUARDO DURAND.- IMPRIMIÓ DOMINGO E. TALADRIZ.

BUENOS AIRES, VIERNES OCHO DE ABRIL DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y NUEVE. — AÑO UNO — NÚMERO OCHO.

Aparece el segundo y cuarto viernes de cada mes. Dirección: Sarmiento 930. Administración: Venezuela 649. Imprenta: San Juan 3875. Buenos Aires. Precio del ejemplar: $ 0,50 Suscripción anual: $ 12.–



LA CARIDAD, VIRTUD ETICA

Cuando la ética formal ha demarcado la línea del deber ser, aparece un ideal de perfección, pero el problema de realizar aquella perfección permanece insoluble. Como contenido a esta ética formal Kant le impuso dos deberes fundamentales: la perfección de sí mismo, y la felicidad de los demás. Estos han sido siempre, desde Aristóteles y Santo Tomás, los tópicos fundamentales de la ética. Desde la primera aparición de la reflexión filosófica, el problema ético se presenta como el de la perfección individual y el de la eudemonia de la comunidad.

El problema de la perfección, como todo problema moral, presenta dos aspectos diferentes: el uno, el aspecto teórico del *deber ser;* el otro, el aspecto práctico de la *ejecución*, o del "hacer". Aristóteles tuvo ya en su tiempo conciencia de ambos problemas. Puso, en primer lugar, el entendimiento práctico que conoce el bien apetecible; en segundo lugar, el apetito voluntario o sensitivo que tiende a ese bien reputado como apetecible. Vanos han sido los esfuerzos por negar este aspecto tendencial que complementa la realización ética. Al sondear en la estructura del hacer, siempre encontramos la tendencia hacia el bien que es remate y término del movimiento.

2.—En toda estructura orgánica, existe tal movimiento inmanente y vital, como tendencia a completar la perfección del ser orgánico. Dicho término tiene razón de bien y de fin. Todo ser tiende a realizar su plenitud existencial, por ese movimiento inmanente que le empuja. Por eso no podemos prescindir de hablar de tendencia, y tendencia hacia un fin determinado, que siendo la plena actualización de la estructura formal y específica del ser, decimos que es su fin propio. Cuando esta actualización de lo específico es plena (por ej. cuando la inteligencia se abre a la visión beatífica), decimos que ha llegado a su perfección. Como lo dice Santo Tomás: se dice que cada uno de los seres es perfecto, en cuanto alcanza su fin. (II-II, q. 184, a. I).

3.—En el hombre es dado un movimiento análogo correlativo a su estructura de ser espiritual. El hombre añade a su estructura orgánica una nueva dimensión imponderable de ser racional y voluntario. Su perfección no es la perfección de su biología, sino la perfección de su espíritu. La vida espiritual se caracteriza por ser un movimiento libre; tiende hacia sus fines con independencia y dominio de su acción.

4.—La virtud es esencialmente una perfección que se añade a las potencias operativas humanas, inclinándolas al bien. La virtud significa una disposición o hábitus en la potencia, para facilitar su operación en orden a la perfección de la naturaleza; "complementum potentiae", dice el Angélico (De Coelo et Mundo). La virtud, aún la caridad, es esencialmente un instrumento, un principio operativo, que dispone al agente, en orden al bien a realizar. Tal es el papel de la virtud central, en la ética de Santo Tomás ... tudes morales el plan de acción honesta que propone la razón. Esto es en general, para todas las virtudes éticas. La caridad es una virtud ética infusa por Dios, que mueve el apetito según la fe, y las determinaciones intencionales de la revelación; su papel es ejecutivo; es movimiento voluntario de apetencia y realización del bien sobrenatural del individuo. De ahí su importancia en la perfección cristiana.

Como virtud ética, la caridad implica el apetecer. Apetecer es movimiento voluntario hacia un bien; es deseo, es amor (I, q. XX, a. I). El apetecer elícito de la virtud de la caridad es amor de Dios. En la estructura psicológica del apetecer, Santo Tomás reconoce un apetecer natural y otro elícito; este último sigue la aprehensión del que apetece, sea esta aprehensión sensible o intelectual. El primero o apetecer natural, es un amor natural; el segundo un amor sensible; el tercero un amor racional. El amor de caridad regulado por la fe sigue a la aprehensión intelectual de Dios como bienaventuranza eterna y bien supremo del hombre.

En el apetito racional podemos distinguir un apetito cognoscitivo, que inclina a la contemplación, otro apetito activo o útil, que inclina a la acción; un apetito personal, que le inclina a la perfección de sí mismo; un apetito social, que le inclina a los intereses de la colectividad.

La caridad actúa en un esquema de apetencia regido por el apetito de perfección sobrenatural. En esta forma incluye y eleva a los demás. Teniendo en cuenta esta estructura polivalente del amor de caridad, es que Santo Tomás llama a la caridad amistad con Dios (II-II, q. 23, a. I). La amistad es amor de benevolencia pero recíproco, que fundamenta la nueva re-

HERMANN HESSE O

Cuando en 1943 apareció "El lobo estepario" en Buenos Aires, Hesse era completamente desconocido. Más tarde, en 1946, le otorgaron el premio Nobel, proliferaron sus traducciones y no faltaron los que se consideraron privilegiados en conocerle. Otros cayeron en la misma superstición pero bajo otra modalidad; hasta que no satisficieron la curiosidad, no pudieron eludir la sensación de inferioridad de "*no estar al día*".

Así se divulgan hoy los escritores más renombrados. Un Sartre, un Camus, cumplen idéntico recorrido. En el fondo, el hecho no merece nuestra atención, si se piensa que deseamos desentrañar el espíritu —o la carencia de él— con que trabajan.

caracteriza por ser un movimiento libre, tiende hacia sus fines con independencia y dominio de su acción.

4.—La virtud es esencialmente una perfección que se añade a las potencias operativas humanas, inclinándolas al bien. La virtud significa una disposición o hábitus en la potencia, para facilitar su operación en orden a la perfección de la naturaleza; "complementum potentiae", dice el Angélico (De Coelo et Mundo). La virtud, aún la caridad, es esencialmente un instrumento, un principio operativo, que dispone al agente, en orden al bien a realizar. Tal es el papel de la virtud central, en la ética de Santo Tomás.

La tendencia del hombre hacia su perfección, se ve nutrida según Aristóteles por una doble cadena de virtudes, que le disponen tanto en la esfera del conocimiento como en la esfera de la acción propiamente dicha. La perfección del conocimiento, que interesa al orden intencional, se realiza por la virtud dianoiética; la perfección del orden ejecutivo, o la misma realización del bien, por la virtud ética. La perfección humana se realiza por la conjunción de ambos órdenes de virtudes. Las virtudes dianoiéticas (fe, dones de entendimiento y ciencia, virtudes intelectuales de ciencia y sabiduría, etc., etc.), realizan la perfección o depuración de todos los actos intencionales que concurren a la acción humana. Las virtudes éticas (caridad, justicia, templanza, fortaleza, dones ejecutivos del Espíritu Santo), realizan la depuración de la ejecución.

5.—Dada la elevación del hombre al orden sobrenatural, la caridad es la virtud ética por excelencia. Para realizar o ejecutar el bien natural de la vida humana bastan las cuatro virtudes cardinales, que son para esto adaptadas. Pero para el cristiano, se trata de obrar en función de su nuevo último fin, que es la bienaventuranza eterna; para esto necesita un nuevo principio operativo, correlativo a la perfección que le acuerda la gracia, y ésta es la caridad.

La caridad es esencialmente la virtud ética, encargada del quehacer cristiano. El hombre medida de todas las cosas de Protágoras, vése por la caridad definitivamente superado; el hombre de la inmanencia, de la técnica y de los pseudo-espiritualismos modernos, rompe con sí mismo, con el amor desordenado de sí mismo, para tender hacia Dios, con el amor de Dios, a la posesión de Dios.

6.—Vamos a señalar más exactamente el papel de la caridad. Pertenece a las virtudes éticas realizar en una cierta manera la incorporación de las tendencias afectivas del hombre al orden de la razón. Es la incorporación del "hacer" en la esfera de las determinaciones formales de los valores a realizar. En la corriente del apetecer, la virtud pone la forma racional y humana de apetencia. El entendimiento práctico o razón determina así en cada caso concreto, el modo de honestidad o valor honesto del apetecer. A esta determinación, llama Santo Tomás medium rationis. La persona humana ejecuta mediante las vir-

Aires, Hesse era completamente desconocido. Más tarde, en 1946, le otorgaron el premio Nobel, proliferaron sus traducciones y no faltaron los que se consideraron privilegiados en conocerle. Otros cayeron en la misma superstición pero bajo otra modalidad; hasta que no satisficieron la curiosidad, no pudieron eludir la sensación de inferioridad de "*no estar al día*".

Así se divulgan hoy los escritores más renombrados. Un Sartre, un Camus, cumplen idéntico recorrido. En el fondo, el hecho no merece nuestra atención, si se piensa que deseamos desentrañar el espíritu —o la carencia de él— con que trabajan.

Lo que sin duda hay que descartar de entrada, es que estos libros en boga no contienen ninguna filosofía, ni siquiera entre comillas; difícilmente la tienen las obras que hacen fintas a la Flosofía única y tradicional.

Por lo demás es falso, completamente falso, que el lector medio esté ávido de profundidad. Lo que en todo caso busca son atajos, recursos sucedáneos, en una palabra todo lo que le resuelva sus insinuados problemas con fórmulas fáciles de aprender.

Así prodiga sus premisas: *los locos son más interesantes que los cuerdos, la inteligencia es un tropiezo para comprender al hombre, el oriente es más culto que el occidente, o la profundidad china es algo que tenemos que resignarnos a no superar* y otras sandeces por el estilo, imposibles de seguir soportando.

Por todo esto Hesse resume, aparentemente, la aspiración de un público sin formación; de un lector comunmente "*deforme*" y por ende no puede guardar ningún contenido rico para el espíritu, ni sistemático para la razón.

Sin-patria, alemán del sur, pero suizo por opción, no puede ocultar resabios de un fuerte romanticismo telúrico, ahora adaptado a nuevos cánones de un existencialismo resentido.

Vive en una perpetua disociación entre lo que él llama el lobo y el hombre, alternativa que vale la pena no suponer que es a la manera más ordinaria. Ni uno ni otro, ni el hombre ni el lobo, predomina ni tiene derechos. El hombre es poca cosa y el lobo quiere rehabilitarse por medio de recursos atormentadores.

Parece ser que Hesse vive esa lucha en cierta forma, a causa de la mezcla de las sangres paterna y materna.

Tiene manifiesta predilección por *Urweisheit* (Sabiduría primitiva) de Goethe, de quién preciso es reconocer, también es heredero de ciertas virtudes, aunque no totaliza ese magnífico sentido práctico de la vida que lo hace raramente simpático a través de los siglos.

Recordar párrafos de aquella obra como: "*Toda sabiduría vence a la persona*. . . o *Alemania es mejor, más madura y más sabia en su música que en la palabra*, es hallarse de buenas a primeras con todo el lado flaco de su pensamiento, en lo que

lación del hombre como amigo de Dios. "Jam non dicam vos servos sed amicos" (Joan XV, 15).

El amor sobrenatural de Dios es, como dice Tomás, specialis ratio amoris, que funda una nueva apetencia, elicita de un nuevo principio activo, que es la caridad (II-II q. 23 a 4); "Charitas respicit ut formale objectum bonum divinum". La caridad mira al Bien divino como a su objeto formal (De Char. Q. Un. a. 4 ad 5 m.).

7.—*Hacer*: En el orden ejecutivo al apetecer sigue la acción. La caridad es hábito, por consiguiente es principio quo operativo. "Habitus —dice S. Tomás—, est quo quis agit cum tempus adfuerit" (De Virt. in Com. a. I).

En la operación debemos contemplar dos cosas: su intensidad y su extensión.

La intensidad o intensión, mira principalmente al objeto formal; la extensión a todo lo que puede caer en su objeto material. El objeto de la caridad es, como ya lo hemos dicho, Dios. La intensión del acto de caridad, se refiere al amor de Dios, que puede ser mayor o menor, o bien depurado y perfecto, o bien mezclado de muchas cosas humanas. En cuanto a su extensión, la caridad comprende todas las actividades humanas rectas susceptibles de ser elevadas por el amor de Dios. Esta universalidad de la caridad ha hecho decir al Angélico que es "forma virtutum": forma de las virtudes.

Tal es el papel de la caridad como virtud ética, o ejecutiva. Es la virtud cristiana por excelencia, que hace trascender al hombre sobre sí mismo inspirándole en la fe y actualizando en él el amor sobrenatural.

Así el cristiano supera la línea del deber ser, y completa la realización ética, inspirándola no en un humanitarismo naturalista, sino en la fe y en la revelación.

ALBERTO GARCÍA VIEYRA, O. P.

EL LOBO ESTEPARIO

parece complacerse Hesse, repitiendo pasado más de un siglo —nada menos que el XIX, decisivo para la cultura germana— un juicio no tan errado como deliberadamente arbitrario, pero carente de perennidad en absoluto.

A las claras se ve por dónde escapa a todo rigor su indómito pensamiento. Desprecia la palabra, el don humano que más participa de lo sobrenatural —*et verbum caro factum est*— y luego la sabiduría personal, maravilloso privilegio de Europa desde Sócrates hasta hoy; todo lo que hace sin reflexionar que las lenguas ideográficas son herencia de los arios y tesoro de

de burgués, y tiende a explicarse doctoralmente la perfección de Mozart sólo por sus altas dotes de músico, en lugar de por la grandeza de su abnegación, paciencia en el sufrimiento e independencia frente a los ideales de la burguesía, por su resignación para aquel extremo aislamiento.

Y el impulso formalmente existencial se avista en su aventura de encarnación humana, cuando dice:

No se trata aquí del hombre que conocen la escuela, la economía política, ni la estadística, ni del hombre que a millones anda por la calle y que no tiene más importancia que la arena o la espuma de los mares: da lo mismo un par de millones más o menos, son material nada más.

Pero de estos rasgos hay que hacer atenta discriminación. Que otro objeto no tiene esta nota.

Respecto de lo primero, de la voluntad social que significan tales juicios, bueno es precaverse de que está desdicho por el ejemplo de su vida.

Aquella herencia del padre parece darle el carácter agudo de ciertas captaciones, pero un tono protestante —aquél era misionero— inunda de utopía e ingenuidad todo amago de estructuración. Es que en cierto aspecto, Hesse ejercita un bloyismo pagano, lo que algunos dirán que es menos peligroso que el cristiano.

Su pacifismo —en política internacional—, por ejemplo, su estúpida ceguera para comprender su patria, así como es y será eternamente; su exilio a un país de limitada vida espiritual, de ninguna virtud histórica y de tan totalitaria mediocridad, configuran la inconclusión de un planteo, por momentos apasionante.

En cuanto a su estética del drama, asoma aquí y allá una sensibilidad —herencia de su madre nacida en la India— proveniente de una extraña conjugación de pietismo y fanatismo oriental, desordenadamente colorista y por ende anticultural en absoluto, de resultas de un sistemático placer en un naturalismo suicida.

¿Es que desgraciadamente para nosotros y para él mismo, Hesse no se ha dado cuenta de que es un poeta?

Finalmente la disgregación de la persona como premisa para una recuperación de la existencia, puede ser un recurso literario. Es cierto que los hombres no son como los de las novelas, perfectamente delimitados, héroes o artistas, de la misma manera que otros son jueces o zapateros, como más o menos lo da a entender. Pero ¡qué extrañas ansias de recobrar la vida íntegra y huir ya puritanamente de la fama, en pos de la alternativa: exterminio o inmortalidad!

El divorcio del hombre con la realidad se resuelve con los pies en el suelo y la mirada hacia el cielo. Pero si se comienza por no fijarse en la tierra, es fácil equivocar, es inexorable fracasar; luego, se llora —bien o mal— y se dan trompis al aire,

—nada menos que el XIX, decisivo para la cultura germana— un juicio no tan errado como deliberadamente arbitrario, pero carente de perennidad en absoluto.

A las claras se ve por dónde escapa a todo rigor su indómito pensamiento. Desprecia la palabra, el don humano que más participa de lo sobrenatural —*et verbum caro factum est*— y luego la sabiduría personal, maravilloso privilegio de Europa desde Sócrates hasta hoy; todo lo que hace sin reflexionar que las lenguas ideográficas son herencia de los arios y tesoro de nuestra cultura. Dos insolentes proposiciones que van luego implícitas en sus libros.

La fisonomía de las novelas de Hesse es en síntesis la siguiente: técnica original, lenguaje poético, descripción de caracteres con raro realismo, suficiente dosis de trama y morosidad, apariencia de objetividad, casi de formalidad mental, encubriendo un desborde de estados afectivos. Genio e ingenio musical en prosa, resultado innegable de un intenso mundo interior.

Estos son los rasgos exteriores, los que reconocemos que no son vulgares en el panorama de la literatura contemporánea. Pero es necesario formular la advertencia de la enorme disparidad que media entre El Lobo Estepario y el resto de sus novelas, ya que ese libro perfila mejor lo autobiográfico, explota en actitudes audaces y hasta sirve su título de apodo para el propio autor.

Buscando un equivalente del "*sturm und drang*" del romanticismo caduco, en esta forma renovada de lo mismo, podría hablarse del lema hessiano: *revolución y poesía*.

Revolución no sólo exterior, que esto sería un disconformismo fácil de imaginar, sino reacción ante un mundo y un hombre irracional (él diría irónicamente racional) como el nuestro, aunque no siempre con argumentos lógicos. La lucidez, esto sí, cuando emerge, lo hace con una fuerza envidiable hasta para un anarquista.

Su diatriba de la burguesía es digna de cita.

El burgués... en vez de posesión de Dios, no cosecha sino tranquilidad de conciencia...

Por eso ha sustituido el poder por el régimen de mayorías, la fuerza por la ley, la responsabilidad por el sistema de votación.

La Rebelión de las masas en forma de trágica poesía, se encuentra en párrafos como este:

Cuando adora a sus favoritos entre los inmortales, por ejemplo a Mozart, no lo mira en último término sino con ojos velas, perfectamente definidos, héroes o artistas, de la misma manera que otros son jueces o zapateros, como más o menos lo da a entender. Pero ¡qué extrañas ansias de recobrar la vida íntegra y huir ya puritanamente de la fama, en pos de la alternativa: exterminio o inmortalidad!

El divorcio del hombre con la realidad se resuelve con los pies en el suelo y la mirada hacia el cielo. Pero si se comienza por no fijarse en la tierra, es fácil equivocar, es inexorable fracasar; luego, se llora —bien o mal— y se dan trompis al aire, como Hermann Hesse (que en esto es un Thomas Mann), perseguido por el fantasma de Hitler.

Así se comprende pues, en breves palabras, lo endeble de todo resultado que quiera colegirse de tantas y tantas páginas de ficción que están siendo devoradas por muchas mentes cortas, incluso para advertir las dispersas virtudes. Y mucho más para discriminarlas de los pasajes inauténticos y artificiales que intercala en pos de una refinadísima procacidad, con apologia de Martínez Estrada en SUR:

¡Qué plenitud de goce, limpio goce de animal paradisíaco!... (lo que verdaderamente nos deja perplejos)... *no medita, no piensa* (ni se ponga en duda ya la deseada identificación del autor de la recensión de *Narciso y Goldmundo*, con uno de los protagonistas, en el que más se refleja Hesse).

Para reconstruir esta edad mental de Occidente es necesario alarmarse ante ciertos derechos alegados por pretendidos escritores *nuevos*, que no hacen sino inundar el mercado librero con los resultados de su irresponsabilidad intelectual, echando por tierra con toda jerarquía de la inteligencia y sembrando una frivolidad cerebral de nuevo cuño, que es el peor enemigo de la cultura.

Hasta hay que inquietarse por los títulos singularmente sugestivos que eligen: La Peste, La Náusea, El Túnel; sugestivos de un estado de descomposición no ya moral, sino mental.

Hay que hartarse rápidamente de "*lo que está bien hecho*", de lo ingenioso que agota las posibilidades de un "*puzzle*", de todo lo que está técnicamente resuelto, como mejor galardón.

Sólo así podrá avanzarse, sin lobo oculto ni a la vista, con las facultades mentales claras, al servicio de las reservas culturales, con las que es suicida seguir jugando. Ni siquiera seguir recabándole miserias a este mundo exangüe de hoy, para tomar la tregua que todos necesitaremos en momentos más decisivos.

PATRICIO H. RANDLE.





PIO XII Y ESPAÑA

Con motivo de la presentación de credenciales del nuevo embajador de España ante la Santa Sede, Exmo. Sr. Ruiz Jiménez, el S. Pontífice pronunció un notable discurso en el que destaca la misión trascendental de la España de hoy. Sólo la Verdad total salvará al mundo, y de ella España se ha hecho hoy la gran voz en el concierto de los pueblos. Publicamos parte de este discurso:

De tan excelsos ideales, señor embajador, uno nos parece que lo resume todo: llevar al mundo intelectual los beneficios de la verdad católica, para que luego él, haciendo de esta verdad el núcleo de su inspiración, el principio de su fecundidad y el centro de su unidad, pueda comunicarlo desde lo alto de la cátedra o de la tribuna, desde las páginas del libro, de la revista o del periódico, a la humanidad sedienta, a fin de que ella pueda encontrar en aquella doctrina salvadora la fuerza inagotable de la verdad, el principio de todo auténtico progreso y la plataforma de toda armonía estable y duradera.

Vuestra excelencia, cual experto conocedor del ambiente en que vive, sabe que no faltan hoy tampoco espíritus rectos que buscan con sinceridad luz para sí, fraternidad para los que conviven dentro de unas fronteras, y para las relaciones entre los pueblos el acuerdo y la paz. Pero también acaso habrá lamentado más de una vez que estos esfuerzos se pierdan tras el espejismo de verdades aparentes, bajo los apriorísticos dogmatismos de falsas concepciones o entre las intrincadas marañas de las concupiscencias o de las exigencias del momento, que solamente parecen tener en cuenta la conveniencia propia o la pronta salida del compromiso actual. Se diría que para ellos no existen las grandes normas, los eternos principios, y que por eso mismo sus conatos están condenados a la esterilidad. Así comprenderá mejor, señor embajador, con cuánta satisfacción le hemos oído aludir a una juventud española y a un pueblo español que quiere tener siempre ante los ojos la verdad católica, penetrando la vida pública y social de todos y cada uno, informando las decisiones de sus más altos consejos y animando las manifestaciones todas de una nación que se precia de ser y de aparecer fiel hija de la Iglesia y de esta Sede apostólica.

Pero Nos, si vuestra excelencia lo consiente, añadiríamos que debía ser así, porque a esta verdad, como justamente se ha observado, le debe esa nación la trabazón íntima de su temprana nacionalidad, la inspiración de sus grandes artistas, las elucubraciones de sus profundos pensadores, los vuelos altísimos de sus místicos incomparables y hasta una buena parte de aquel impulso que la llevó a romper con los límites de lo conocido para poder llevar aquella doctrina y aquella salva-



p r u d e n c i a t e m

AUSENCIA DE

En los números anteriores nos hemos referido a la realidad económico-política del país. Pero entendemos que hay un hecho mucho más grave que la situación de esa realidad que hemos examinado: Y es la ausencia, desde hace un par de años, de una generación que gravite en la vida profunda de nuestra nación. ¿Hacia dónde vuelve su mirada el joven que entra hoy en la vida pública y que, agitado por la noble inquietud del destino humano, se pregunta por el mañana de su vida, de la sociedad y del mundo? ¿Qué actitud adopta frente a los movimientos de ideas y de acción que se desenvuelven en el país? Como lo suponemos católico, y católico actuante, ¿cómo resuelve el problema de conjugar su vida católica con la realidad temporal?

Hasta hace apenas un par de años, este joven podía colocarse en el clima y bajo la influencia de una generación intelectual que enfocaba los problemas terrestres en una concepción católica de pensamiento y de vida. Generación vigorosa, coherente, informada, podía, sin duda, equivocarse en soluciones parciales pero acertaba en el propósito y en la manera fundamental de conjugar su fe con la problemática de la cultura moderna.

se precia de ser y de aparecer fiel hija de la Iglesia y de esta Sede apostólica.

Pero Nos, si vuestra excelencia lo consiente, añadiríamos que debía ser así, porque a esta verdad, como justamente se ha observado, le debe esa nación la trabazón íntima de su temprana nacionalidad, la inspiración de sus grandes artistas, las elucubraciones de sus profundos pensadores, los vuelos altísimos de sus místicos incomparables y hasta una buena parte de aquel impulso que la llevó a romper con los límites de lo conocido para poder llevar aquella doctrina y aquella salvación a un mundo nuevo, que vuestra excelencia acaba de recorrer, donde habrá podido constatar que la más preciosa herencia que la madre Patria ha legado a sus hijas es la incondicional fidelidad a Cristo y a su Iglesia.

Ojalá, señor embajador, que las grandes verdades de nuestra sacrosanta religión ahonden cada vez más en el alma del pueblo español, contribuyendo a la constante elevación moral y material de sus clases más humildes, como es nuestra perenne preocupación, manteniendo en la vida familiar la preciosa herencia de las viejas tradiciones, cerrando el paso a la codicia de las riquezas, tentación fácil en los tiempos difíciles; extinguiendo los odios y llevando "en todo" a plena madurez su pujante primavera espiritual.

a t e m p l á n z a



ve el problema de conjugar su vida católica con la realidad temporal?

Hasta hace apenas un par de años, este joven podía colocarse en el clima y bajo la influencia de una generación intelectual que enfocaba los problemas terrestres en una concepción católica de pensamiento y de vida. Generación vigorosa, coherente, informada, podía, sin duda, equivocarse en soluciones parciales pero acertaba en el propósito y en la manera fundamental de conjugar su fe con la problemática de la cultura moderna.

Pero en este momento esa generación está ausente. ¿Qué le ha sucedido? ¿Ha defeccionado? ¿Se ha eclipsado? ¿Por qué se ha producido esta ausencia? He aquí el problema grave que nos planteamos.

Una generación

En nuestra primera entrega nos hemos referido a esta generación y hemos formulado el propósito de continuar defendiendo los valores que ella sostuvo. Puede afirmarse que con esta generación, por vez primera, cobra cuerpo en el país una expresión intelectual católica. El catolicismo, en efecto, había tenido expresión vigorosa en la acción política con aquella generación de Estrada, Goyena, Félix Frías, y en la acción social con los movimientos de grupos más o menos importantes. Pero no había tenido expresión en el plano de la inteligencia.

Recién, por vez primera en nuestra patria, cuando hace explosión el marxismo de la Reforma del 18, se produce en algunas inteligencias jóvenes una profunda toma de conciencia de la gravedad de los males de la sociedad contemporánea y arraiga la convicción de que toda labor de enderezamiento social es inútil si no se comienza por restaurar los valores de la inteligencia. *No hay salud para el hombre si su vida total no se suspende de sus principios.*

Se comprendió entonces que la inteligencia debía ser restaurada en los principios de la filosofía de Aristóteles y de la teología de Santo Tomás; que la piedad debía vivificarse en contacto con la oración litúrgica de la Iglesia; que la conducta debía ser rectificada por la práctica de las virtudes cristianas; y que todas las manifestaciones humanas y artísticas debían reflejar, en la integridad de sus propios valores naturales, los destellos de lo sobrenatural. Se comprendió sobre todo que no es posible, particularmente en los que se entregan a una labor intelectual, la vida cristiana sin una simultánea y armónica profundización de la inteligencia y de la vida. Porque sin inteligencia católica, la piedad y vida católica es puramente instintiva y sentimental y sin esta última, la inteligencia se convierte en uan especulación desvitalizada que no puede conservar la integridad católica ni siquiera en el puro plano intelectual.



UNA GENERACION

Los primeros núcleos que nacieron al fervor de estos profundos impulsos tuvieron extraordinario poder de conquista entre jóvenes pensadores, escritores y artistas; y su influencia se hizo sentir pronto en la misma vida religiosa de grupos juveniles más vastos; y es fácil verificar que la pujante vitalidad católica que conoció el país en el decenio 1930-1940, fué marcada con su impronta.

Desde otro origen y respondiendo a preocupaciones nobles, aunque no tan profundas, se suscitó allá por los años 1928-1930 un movimiento de jóvenes que abogaba por una realidad política que superase el mito democrático, de resultados funestos tan visibles en esos mismos años. No es fácil medir lo que significó la crítica del liberalismo cumplida por *Nueva República* y, en otro plano de densidad, por *Baluarte*.

De una y otra fuente nace en nuestro país el nacionalismo, que cubre con su fuerza dinámica, aunque minoritaria, los años 1930-1946. La actividad nacionalista de esos años delata este doble origen y ha estado, en consecuencia, bajo dos influencias: una, de los que entendían que la salud del país debía comenzarse por la restauración de los valores de la inteligencia; la otra, excesivamente activista, que, en el mejor de los casos,

qué han huído justamente en el momento en que la aparición de salamandras reclamaba su presencia y testimonio. Porque ¿qué es un sistema falso de pensamiento o de acción sino una verdad parcial, desgajada de los principios, y erigida en verdad substancial y matriz de todas las otras? Luego es necesario precisamente recordar los principios, a la luz de los cuales cobran su propia medida las verdades parciales, cuando éstas son infladas y amenazan perturbarlo todo.

Sería largo diagnosticar las causas que determinaron el flaqueamiento de esta generación. Pero en ella produjeron daño dos posiciones desaconsejables. Porque unos no tuvieron fe en que la vida contemporánea pudiera comunicarse con sus fuentes principiales y otros, demasiado solícitos por comunicarla, debilitaron o desvirtuaron la integridad de estas mismas fuentes. Uno se ausentaron de la vida; otros, por estar demasiado presentes en ella, desvirtuaron los principios.

Ausentismo de la vida

Se puede adoptar una actitud de ausentismo cuando la propia vocación le invita a uno a la meditación en soledad. Aún entonces, físicamente ausente, se está presente de manera prodigiosamente fecunda.

Pero si se preconiza el ausentismo de la vida como una necesidad impuesta por la incomprensión de los demás para captar el justo equilibrio de la verdad, se asienta un principio que no es cierto y con el cual se quiere justificar la falta de fortaleza. Verdad es que hoy el hombre-masa ha invadido todas las clases sociales, aún las que habría que suponer cultas, y también es cierto que, por falta de síntesis intelectual orgánica, toda verdad parcial tiende a erigirse en mito. Pero esto no hace imposible sino más dificultosa la eficacia del trabajo. El hombre no ha perdido su condición de racional; puede ser adoctrinado y perfeccionado. La historia enseña que este adoctrinamiento ha de hacerse por la influencia profunda sobre unos pocos para que éstos, a su vez, influyan sobre otros pocos y así se multipliquen los núcleos portadores de los principios de salud. Es malo llevar *directamente* a las masas las mejores verdades pero es también malo no llevarles ninguna. Hay que llevarles las verdades armonizadas en síntesis vitales, por vía progresiva y jerárquica. Por esto es tan urgente la labor de formar selecciones en toda las actividades y capas de la sociedad. Trabajo lento y dificultoso pero el único que rinde frutos benéficos.

Un excesivo adaptacionismo

Más daño que el ausentismo de la vida ha producido entre nosotros un excesivo adaptacionismo a las realidades de la vida contemporánea, vale decir a la cultura moderna. Aquí está, a nuestro entender, la gran tentación y el gran peligro de los pensadores católicos, tanto mayor cuanto más cerca de la realidad concreta están los problemas que los ocupa.

tos tan visibles en esos mismos años. No es fácil medir lo que significó la crítica del liberalismo cumplida por *Nueva República* y, en otro plano de densidad, por *Baluarte*.

De una y otra fuente nace en nuestro país el nacionalismo, que cubre con su fuerza dinámica, aunque minoritaria, los años 1930-1946. La actividad nacionalista de esos años delata este doble origen y ha estado, en consecuencia, bajo dos influencias: una, de los que entendían que la salud del país debía comenzarse por la restauración de los valores de la inteligencia; la otra, excesivamente activista, que, en el mejor de los casos, colocaba el problema en un plano puramente económico y político, cuando no llegaba a creer que todo había de arreglarse con gritos y petardos.

¿Cuál es la realidad en este año de 1949? Aquella fuerza intelectual se ha quebrado. Sólo quedan esfuerzos aislados en artículos de revistas y cátedras; pero de vigor, nada. Aquella fuerza religiosa, como expresión colectiva, también se ha quebrado. Y aquella fuerza política, totalmente quebrada.

Puede afirmarse hoy que aquella generación surgida a la vida pública en 1918, que actúa hasta hace pocos años y en cuya filiación espiritual podemos incluir a hombres que tienen hoy de 35 a 55 años, ha fracasado en cuanto no ha dejado un *testimonio duradero* que pueda influir sobre nuestra vida intelectual, social y política.

¿Ha fracasado aquella generación?

Pero alguien podría objetarnos que nuestra aserción es demasiado categórica, y por lo mismo inexacta e injusta. Aquéllos hombres han hecho mucho y su influencia benéfica persevera. Cátedras, revistas, movimientos, están influenciados por ellos directa e indirectamente. Contestamos que no se trata de desconocer el mérito personal de la acción de los hombres sino de comprobar que no ejerce influencia sensible sobre el medio; y, lo que es interesante, que no la ejerce como labor de generación.

Esa generación no aporta hoy un testimonio que pueda orientar a los jóvenes de 15 a 25 años. Y en un momento dado de "masificación" de todos los valores del país se ausenta de la vida, permanece muda, entretenida con "juguetes" que son sus pequeñas cosas del mundillo intelectual, social o puramente personal. Este es el hecho en su tremenda desnudez.

Sería inconcebible buscar justificación o explicación de este hecho en factores extrínsecos, tales como que Europa ha perdido la guerra, o que la enseñanza laica, la democracia, el liberalismo han atrofiado a las gentes o simplemente en la aparición de pintorescas salamandras aquende y allende los mares. Porque el problema es precisamente por qué está ausente una generación que se hizo presente hasta el día de ayer. Por-

a fortaleza

dificultoso pero el único que rinde frutos benéficos.

Un excesivo adaptacionismo

Más daño que el ausentismo de la vida ha producido entre nosotros un excesivo adaptacionismo a las realidades de la vida contemporánea, vale decir a la cultura moderna. Aquí está, a nuestro entender, la gran tentación y el gran peligro de los pensadores católicos, tanto mayor cuanto más cerca de la realidad concreta están los problemas que los ocupa.

Entre nosotros, felizmente, no han tenido éxito las adaptaciones católicas de tipo izquierdista, y la maritainiana, que entre todas éstas es la más sugestiva, no ha podido echar raíces, al revés de lo sucedido en Chile y otros países latinoamericanos. Pero, en cambio, las adaptaciones de tipo derechista fácilmente incuban entre nosotros. No es menester precisar referencias de estas adaptaciones en política, sociología, filosofía de la cultura. Resultaría pintoresco un historial de las adaptaciones y readaptaciones que ha experimentado en ciertos grupos la doctrina, —¿se puede hablar de doctrina en saberes que no se apoyan en principios?— del hombre y de la sociedad.

Y como en el pensamiento y en la acción unas partes dependen recíprocamente de las otras, por el camino de esta so-



brevaloración de Nietzsche, Dilthey, Max Scheler, Ortega, no se ha podido conservar la integridad *operante* de los principios tradicionales de la vida. Y no es que nos opongamos a que estos autores, y todos los otros de la cultura universal, incluso aquellos como Maritain a quienes hemos refutado reiteradas veces, sean leídos y aprovechados. Nos oponemos simplemente a que sean sobrevalorados, particularmente cuando esta sobrevaloración marcha paralela con una subestimación de la *Etica* y *Política* de Aristóteles y de Santo Tomás. Nos oponemos a que sin el adecuado discernimiento se haga la apología de las tesis de estos autores y se busque en ellas la solución de los males de la sociedad contemporánea. Porque ningún hecho tan cierto como el de que los defensores de estas posiciones adaptacionistas nunca han aclarado con precisión y por escrito el punto en que se cumpliría el encuentro y enlace de estas doctrinas con el pensamiento aristotélico tomista. Y sin embargo nada más indispensable que este señalamiento que puede indicarse, sino en detalles, al menos en sus líneas más universales.

Responsabilidad de generación

Sea por ausentismo oracionista, sea por lo que pudiera aparecer adaptación virtual a otros principios, aquella generación ha dejado de influir sobre las generaciones que van surgiendo. Los más jóvenes no le han adjudicado seriedad o competencia de maestros. Y al fallar el pensamiento, ha fallado la acción.

Es necesario que no nos engañemos. Nuestra juventud está pasando por un estado de orfandad como no se ha conocido igual desde hace treinta años. Podrían invocarse muchas causas explicativas de esta situación. Pero ninguna tiene adecuado valor. Porque la vacancia puede ser llenada y debe ser llenada cuando la generación aquella tome conciencia de lo que ha constituído su *única fuerza* —adviértase bien, su *única fuerza*—, tome conciencia de la grave responsabilidad que sobre ella pesa —responsabilidad ante la Iglesia, ante la patria, ante el destino personal de muchos y excelentes jóvenes— y se resuelva a hacerse presente.

Sabemos también cuán grandes dificultades asedian al intelectual católico, no ya de orden económico, social y político, sino de la misma labor intelectual católica, pues debiendo operar con realidades culturales, productos de la modernidad, ha de efectuar una obra difícil de constante discernimiento a la luz de los principios, lo que provoca grave y continua tensión. Tensión que, si no se renueva el temple del propio ánimo, puede concluir en derrota, sobre todo en la edad meridiana de la vida (*a demonio meridiano*, salmo 90, 6) cuando el heroísmo de los años juveniles se apaga.

Pero ninguna causa puede justificar en varones esclarecidos el abandono de la posición de combate que nos corresponde en la milicia de la vida presente.

PRESENCIA.

MAQUIAVELO Y EL ESTADO LIBERAL

1.—Los comienzos del pensamiento jurídico y político moderno acusan ya, en lo substancial, los rasgos típicos de todo el proceso, mantenidos aún hasta el presente, en las nuevas formas que, con pretensiones de rectificación y acomodamiento a las exigencias de la hora, conocemos con los nombres de "neoliberalismo", "personalismo", "nuevo humanismo político", etc.

No ha de ser, por consiguiente, tarea inútil la de puntualizar las notas esenciales con que aparece en la historia de la cultura la doctrina del Estado liberal, de modo de poder, con adecuada noticia del asunto, tomar posición frente a muchas de las actuales fórmulas políticas que invocan como título, precisamente, su oposición a la política liberal.

2.—El primer planteo moderno —congruente con el pensamiento de su época— acerca de la Teoría del Estado, es empresa que lleva a cabo el más grande autor político de su siglo y, sin duda, uno de los mayores de la historia: Nicolás Maquiavelo.

Prueba acabada de la íntima relación que conecta a Maquiavelo con la ideología moderna es la exacta repetición de esta actitud que ha de formular posteriormente Descartes al excluir rotundamente la teología de su sistema, so pretexto de su superior eminencia que le veda "someterla a la flaqueza de mis razonamientos" (Discurso del Método, primera parte).

De este modo el quehacer político, y, consiguientemente el de su ordenamiento jurídico, acampa en el sector de lo puramente humano. El Estado es obra de los hombres, es algo que ellos crean artificialmente, es cuestión —diríamos ahora— de pura técnica.

3.—Pero la ruptura con el orden jerárquico tradicional, no para en esto. Destituído el concepto de naturaleza de su auténtico sentido y negada la vigencia de todo principio y concepto con raíz ontológica —consecuencia también del nominalismo—, la realidad con que será menester trabajar, de la que surgirá el Estado "considerado como obra de arte" (Burckhardt)

cultura la doctrina del Estado liberal, de modo de poder, con adecuada noticia del asunto, tomar posición frente a muchas de las actuales fórmulas políticas que invocan como título, precisamente, su oposición a la política liberal.

2.—El primer planteo moderno —congruente con el pensamiento de su época— acerca de la Teoría del Estado, es empresa que lleva a cabo el más grande autor político de su siglo y, sin duda, uno de los mayores de la historia: Nicolás Maquiavelo.

Prescindiendo de sus propósitos inmediatos, de las aplicaciones directas de su doctrina, y aún de su sistema —en cuanto engarce más o menos orgánico de soluciones—, Maquiavelo, en la estructura misma de su pensamiento, en su actitud ante el problema político, tipifica el punto de arranque de la ideología liberal.

El florentino inicia su revolución política rompiendo abiertamente con lo que fué la substancia misma de la concepción medioeval: la noción de jerarquía fundada en los grados del ser y la correlativa organicidad del pensamiento.

Obvio es que para el cumplimiento de tal designio, el primer y más poderoso obstáculo que se le oponía era la vinculación subordinada que la doctrina tradicional había afirmado entre la revelación y el conocimiento natural, entre la teología y la filosofía.

Para ello encuentra el campo ya preparado. El triunfo nominalista que aparentemente conducía a una hipervaloración de lo sobrenatural en desmedro de lo natural, con la consiguiente deformación de ambas instancias del saber, produjo, en la circunstancia histórica, el resultado inverso: el alejamiento de la actividad del hombre de lo revelado, y su aproximación, cada vez mayor, a lo mundano.

En las primeras páginas de "El Príncipe", bajo una sospechosa humildad no exenta de ironía, Maquiavelo escribe: "Los principados eclesiásticos son muy afortunados; pues, como están fortalecidos por constituciones religiosas de una autoridad antigua y venerable, se mantienen fácilmente. Pero, siendo mantenidos por Dios, cuyos dictados rebasan la comprensión humana, sería propio de los hombres presuntuosos y temerarios discurrir sobre ello; por lo cual renunciaré a hacerlo".



mente humano. El Estado es obra de los hombres, es algo que ellos crean artificialmente, es cuestión —diríamos ahora— de pura técnica.

3.—Pero la ruptura con el orden jerárquico tradicional, no para en esto. Destituído el concepto de naturaleza de su auténtico sentido y negada la vigencia de todo principio y concepto con raíz ontológica —consecuencia también del nominalismo—, la realidad con que será menester trabajar, de la que surgirá el Estado "considerado como obra de arte" (Burckhardt) estará constituída exclusivamente de hechos constatables empíricamente y que se estimarán en tanto pesan, y no en cuanto valgan.

Los criterios del ordenamiento estatal han de ser de naturaleza cuantitativa: fuerza o número, sin que para nada intervengan otros factores que, por su condición, no se adapten al trato de un pensamiento de tipo mecánico y matemático. Los elementos histórico-tradicionales y los principios asentados en la estructura jerárquica del ser, son implacablemente destituídos.

De este modo el florentino no hace sino proyectar en el sector de la política las ideas de la nueva física más que iniciada en la escuela de Oxford.

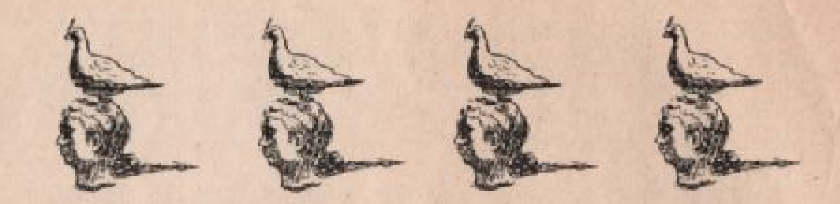
"Desde el okamismo —escribe Julián Marías— se empieza a pensar que el conocimiento no es conocimiento de cosas, sino de símbolos. Esto nos lleva al pensar matemático; y Galileo dirá, taxativamente, que el gran libro de la naturaleza está escrito en caracteres matemáticos. El movimiento aristotélico era en llegar a ser o dejar de ser; se entendía pues, de un modo ontológico, desde el punto de vista del ser de las cosas; desde Galileo, se va a considerar el movimiento como variación de fenómenos: algo cuantitativo, capaz de medirse y expresarse matemáticamente" (Historia de la Filosofía, p. 217).

Se pierde así definitivamente para lo moderno, la posibilidad de afirmar entidades reales, de consistencia ontológica, transfenoménicas, que gobiernen y estructuren el conocimiento, en las ciencias especulativas, y el obrar humano individual y colectivo, en las disciplinas prácticas.

Así como "el físico renuncia a saber las causas y se contenta con una ecuación que le permita medir el curso de los fenómenos" (Marías, ob. y lug. cit.); así también el político







resignará el conocimiento de los principios primeros y sustanciales de la ética (justicia, bien común, articulación de los fines en el orden de la creación) para limitarse a la búsqueda de fórmulas aptas para acomodar entre si las diversas piezas a que ha reducido la realidad social (individuo, necesidades particulares, poder político, orden jurídico positivo, etc.).

No se indagará ya las razones profundas y últimas del comportamiento social, y el objeto de la política sólo radicará en el encuentro de relaciones externas entre los hechos, que se resolverán en puras fórmulas de garantías, de seguridad. El orden jurídico se detendrá en la apariencia empírica del cuerpo social sin penetrar en su contenido, revelándose como una pura expresión de exterioridades y de sistemas técnicos de protección más diversos que, por su carencia de fijación en las realidades substanciales y su consiguiente formalismo, tanto conducen a una pura garantía del individuo, como una pura garantía del Estado. Locke y Hobbes acreditan cabalmente la afirmación en la doctrina clásica; y la vacía fórmula "no hay libertad contra la libertad" confirma lo dicho en lo que hace a la ideología "neo-liberal".

4.—Expresando y aplicando estos principios Maquiavelo reducirá la finalidad de la política al logro de la seguridad, ya por medio de un equilibrio de fuerzas, ya en virtud de la decisión del más fuerte. En cualquiera de los dos casos apelación a los hechos compulsados cuantitativamente y juzgados según su peso.

Las fórmulas serán, en su programa, o la teoría de las constituciones o la teoría del principado.

En la primera, concretada en su memoria a León X ("Discorso sopra il riformar lo stato di Firenze") y en sus "Discorsi", se trata de conseguir el mantenimiento de la seguridad del Estado mediante una serie de combinaciones y compromisos de las fuerzas políticas que de este modo, contrabalanceándose, se equilibran.

"El gran error moderno de que con la combinación de las fuerzas de que se dispone y las orientaciones vigentes puede hacerse una constitución como un producto nuevo, reaparece siempre en Florencia en los tiempos agitados y el mismo Maquiavelo no se libra de semejante perjuicio" (Burckhardt: La cultura en el Renacimiento italiano, p. 75).

Es este uno de los aportes del florentino a la doctrina del Estado moderno que más ha perdurado.

La constitución concebida como sistema positivo de ga-

y estabilidad que, si bien permiten y hacen posible que el grupo social viva, no le otorgan destino ni fin que le trascienda.

La otra solución —coherente así mismo con su época y su forma de pensamiento— es la propuesta en su obra magna: "El Príncipe". La seguridad del Estado lograda por la decisión personal e irrevocable del jefe.

Rechazado el equilibrio de los distintos factores políticos, sólo cabe —en la lógica tremenda del florentino— la opción por la tiranía más o menos disimulada del príncipe. Es decir, la conservación del régimen dependerá en última instancia del acto de decisión inapelable y no normado del detentador del poder.

No hay regla alguna que determine la legitimidad de sus resoluciones. Ante su voluntad se abre, sin ninguna clase de límites, la arbitrariedad en el auténtico sentido a la palabra, no en la estrecha acepción contemporánea que la califica únicamente por su antijuridicidad.

La única ley que le sirve de medida es la de su propia y particular eficacia y la exclusiva restricción con que tropieza es la de las reacciones que pueda permitir su debilidad o inoperancia.

Maquiavelo es perfectamente lógico con las premisas de la posición liberal, mucho más, por cierto, que gran parte de los autores que vinieron después.

Excluída la vigencia de una ley radicada en principios superiores y trascendentes a los hombres, no se dan otras alternativas que las indicadas por él. O la situación de compromiso y equilibrio, o, por fallar ésta, la prevalencia sin controles de la voluntad del más fuerte.

De este modo logra la construcción de Maquiavelo la más acabada expresión política de la ideología liberal, por lo que bien ha merecido que se le considere como el fundador de la ciencia moderna del Estado.

Ha secularizado la política excluyendo todo factor religioso; la ha aislado, al desvincularla de sus instancias ontológicas, de la ética y la metafísica; ha llevado hasta sus últimos extremos la reducción empírica, desarticulando la realidad social de por si orgánica, dispersándola en elementos cuantitativos; y, por fin, ha propuesto las fórmulas para recomponer artificialmente el Estado por obra y cuenta de la sola voluntad humana, ya sea por el compromiso de la mayoría, ya sea por la sola decisión del más fuerte.

Todas estas notas siguieron viviendo a lo largo de la época

y equilibrio.

"El gran error moderno de que con la combinación de las fuerzas de que se dispone y las orientaciones vigentes puede hacerse una constitución como un producto nuevo, reaparece siempre en Florencia en los tiempos agitados y el mismo Maquiavelo no se libra de semejante perjuicio" (Burckhardt: La cultura en el Renacimiento italiano, p. 75).

Es este uno de los aportes del florentino a la doctrina del Estado moderno que más ha perdurado.

La constitución concebida como sistema positivo de garantías, como procedimiento técnico de seguridad, mediante el recíproco control de los poderes políticos.

Congruente con su pensamiento persigue en la constitución del Estado, no la forma (en el sentido tradicional), no el principio de filiación ontológica, que, aunque de lejos, debe gobernar la prudencia política; sino el aparàto formal (ahora en sentido moderno), la conexión de garantías dispensadoras de seguridad

Ha secularizado la política excluyendo todo factor religioso; la ha aislado, al desvincularla de sus instancias ontológicas, de la ética y la metafísica; ha llevado hasta sus últimos extremos la reducción empírica, desarticulando la realidad social de por sí orgánica, dispersándola en elementos cuantitativos; y, por fin, ha propuesto las fórmulas para recomponer artificialmente el Estado por obra y cuenta de la sola voluntad humana, ya sea por el compromiso de la mayoría, ya sea por la sola decisión del más fuerte.

Todas estas notas siguieron viviendo a lo largo de la época moderna y, más o menos disimuladamente, todavía prevalecen en las formas actuales del Estado liberal a que aludiamos en un comienzo.

Pero esto ya excede de lo que nos proponíamos en este artículo y ha de ser, Dios mediante, materia de algún otro.

JULIO M. OJEA QUINTANA.

EL CATOLICISMO FRENTE AL LIBERALISMO

La vicisitud desconcertante por la que atraviesa el pensamiento católico argentino frente a la reacción demostrada por los pensadores del liberalismo en los últimos años descubre una vez más el tradicional dilema que problematiza nuestro destino.

¿Cuáles son las causas de la atonía que postra al pensamiento católico de nuestro país? ¿Cuáles circunstancias lo postergan? ¿Cuáles son los medios revitalizantes del liberalismo argentino? Emprendamos el diagnóstico, claro está, con la debida indulgencia que nos permita tratar el asunto prescindiendo del debate del mundo —tarea dramática— en búsqueda de un orden de convivencia promisorio, más humano, más feliz, más íntegro.

Y, para esto, es menester arrancar las raíces del drama escarbando muy hondo en el embarazo de la Colonia Hispánica.

El eco histórico

La configuración decisiva de las colonias españolas en el Río de la Plata comienza en las últimas décadas del siglo XVI y se desarrolla a lo largo de los siglos XVII y XVIII en el trasatlántico reflejo ideológico proyectado por España. Primero, durante el gobierno de los Austrias, España desparrama en su imperio las instituciones redivivas del catolicismo contrarreformista, y les nutre el vigoroso espíritu surgido del apoyo en una singular estructura moral-cristiana. El proceso provoca modalidades especiales en la asimilación indígena, y actitudes humanas aún proteicas que, no obstante, prevertebran el nuevo cuerpo de masa conquistadora e indiana a la luz de la colonización espiritual. Aún en formación ese orden de vida, sobreviene el embate renovador de los Borbones que procuran rehacer la existencia de España —y, en consecuencia, de sus colonias— bajo la luminosidad del *pensamiento ilustrado*, a la sazón, primera inquietud europea en el siglo XVIII. Liberalismo político, liberalismo económico, progresismo histórico indefinido; ¡cuánto daño provocaron estas nociones en el tránsito histórico europeo y de su mundo dependiente!

He ahí, planteado, ya desde temprano, el dilema y la opción. Prolongados en el curso de la historia prenatal y luego argentina, ese dilema y esa opción se conservan vigentes, y enfrentan dos *formas* de espíritu, dos actitudes humanas, dos órdenes de vida que hacen trasudar sangre e implican convicciones profundas. Su primer paradigma argentino, las desgarradoras luchas intestinas desde la generación de Mariano Moreno hasta 1835. Año, éste, significativo en que el ímpetu *constitucionalizante* del liberalismo, dando tumbos tras constituciones y gobiernos desobedecidos y discordias civiles agotadoras, arroja al pueblo —fatigado, exangüe y desconcertado— al refugio en la dominación autócrata de un hombre con la esperanza de recomponer la vida institucional del país desintegrada por las innovaciones del liberalismo. Entronque del criollo en el apetito de un poco de orden; entronque abortado por el fracaso constitucionalista del unitarismo. En efecto; la Legislatura

de Buenos Aires, dicta la ley del 7 de marzo de 1835 por la que se designa a Juan Manuel de Rosas gobernador por cinco años facultado con la suma del poder público con dos únicas restricciones: *que deberá conservar y defender la religión católica*, y que deberá defender y sostener la causa nacional de la federación.

He ahí un suceso importante en el pensamiento político argentino, aún no ahondado suficientemente por la historiografía sobre el dictador: Rosas (y sus colaboradores) representa el último gran esfuerzo, desesperado, para contener los estragos en cierne del liberalismo y provocar la rehechura del país sobre bases tradicionales. En medio de su vocación sanguínea y telúrica consigue predisponer la figura íntegra de aquél contra las *nuevas corrientes* insistiendo en el orden hispánico (no español, más aún, no en la *españolidad* de Fernando VII) y lo concita a volver sobre sus ríces profundas, aún humeantes [1].

Caseros ahoga la inspiración tradicional y desata la vehemencia renovadora que siembra desenfrenadamente el *progresismo* de las nuevas corrientes. Nada más difícil que definir con justeza la fisonomía liberal que comienza a cobrar el país desde entonces. Su estructura institucional supera (inadecuadamente) la realidad nacional en lo que se refiere a la asimilación del progreso material y la cultura enciclopédica. Al tiempo que resulta insuficiente para amalgamarse en la vigorosa estructura moral vigente a consecuencia del tradicionalismo al modo hispánico.

Desde aquella sazón hasta hoy el pensamiento católico suspendido de la rigidez de principios inmutables se enfrenta con la avidez de las innovaciones nutridas al país por la proteiformidad del liberalimo, dispuesto a asumir nuevas tonalidades a medida que la realidad lo requiere. La esencia tradicional del primero se figura vetusta y perimida ante los contumaces que creen hallar pábulo en las novedades deslumbrantes del liberalismo.

De ese modo, como a sobresaltos, el catolicismo llega a la crisis del liberalismo en el país, consecuente perfil de la crisis mundial de su sistema. Y, al final de la tercera década del siglo, se organiza la primera crítica sistemática, valiente y valiosa, propugnada por un pequeño grupo de pensadores y escritores católicos que renueva promisoriamente el orden de cosas tradicional apoyado en la estructura espiritual del cristianismo. Por otra parte, la crítica al liberalismo importa una empresa sumamente árdua cuál es la de *nacionalizar* no sólo los elementos materiales del país, sino también una *nacionalización* ideológica, intelectual, espiritual, deducida de los principios tradicionales. Entre éxitos y fracasos, entre yerros y aciertos, comienza el triunfo de esta nueva actitud (nueva en el trasfondo filosófico, especialmente) sobre el maltrecho liberalismo debilitado por su declinación en el orden político (mundas (hagamos silencio sobre sus causas). Aquellas otras logradas en el ámbito cultural, más precisamente en el orden universitario, implican una añoranza contenida en el lapso de 1930 a 1943, y arriman a los católicos a la deseada fruición con la entraña neurálgica del país, entraña formativa de generaciones nuevas, con el campo casi descubierto de maestros liberales, volviendo recuerdo aquella obligada estrechez de los cenáculos intrascendentes.

Siempre atentos a cualquier vicisitud, los liberales reaccionan. Libros, revistas y conferencias. Estudios científicos, filosóficos, históricos y literarios. Trabajos realizados con seriedad, al menos la máxima que les permite el orden en que se mueven. ¿Qué le ocurre al pensamiento católico frente a este fenómeno?

El juicio sobre el valor y el destino de una generación coetánea siempre arriesga buena parte de conjeturas (juicio de intenciones) en base a unos pocos hechos reales. Pero en rigor, conviene formularlo cuando aún es tiempo de arreglo y una crítica sana, desapasionada, puede provocar serias reflexiones.

Creemos que es posible distinguir dos etapas en la labor iniciada por la generación que nos ocupa. Una primera, plenamente cumplida, que apareja a la crítica acertada de las instituciones del liberalismo el meritísimo esfuerzo intelectual para renovar y revivir los fundamentos de un orden de vida a la luz de los principios tradicionales. Labor ésta esencialmente intelectual llena de tropiezos pero realizada con enjundia y que hoy se ve coronada por el consecuente éxito intelectual. *Intelectualmente* poco queda para agregar a lo elaborado por aquella generación.

Una segunda etapa, natural en toda generación reaccionaria, era la de emprender la tarea educativa y formativa de los nuevos jóvenes que debían incorporarse al orden de pensamiento y actividad propugnado por aquélla, y con la que hubiera completado con éxito total su ciclo histórico. Justamente aquí, en la trascendencia del producido intelectual de esa generación en quienes deberían ser sus continuadores, nos enfrentamos con la falla del grupo. En otras palabras, no hallamos correlación entre su responsabilidad generacional y su valioso aporte intelectual. No oímos su voz esclarecida en momentos en que el desconcierto nacional apresa a nuestra juventud en plena formación. He ahí lo lamentable, porque la continuidad del pensamiento en la acción generacional que lo facilite a la juventud, interesada en asimilarlo, revela la fortaleza de aquél como remedio para afrontar nuestro problemático destino.

ARNALDO MUSICH.

[1] No es éste el momento oportuno para detenerse en el pensamiento político de Rosas. Sin embargo no están demás algunos ejemplos que tal vez induzcan al lector al estudio detenido de su época. 1º) La intención

cosas tradicional apoyado en la estructura espiritual del cristianismo. Por otra parte, la crítica al liberalismo importa una empresa sumamente árdua cuál es la de *nacionalizar* no sólo los elementos materiales del país, sino también una *nacionalización* ideológica, intelectual, espiritual, deducida de los principios tradicionales. Entre éxitos y fracasos, entre yerros y aciertos, comienza el triunfo de esta nueva actitud (nueva en el trasfondo filosófico, especialmente) sobre el maltrecho liberalismo debilitado por su declinación en el orden político (mundial y local).

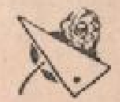
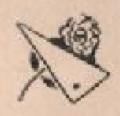
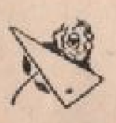
Actualidad del pensamiento católico

Así las cosas hasta 1943. La revolución informe, sin tendencias espirituales definidas, comienza a recibir al grupo católico (o éstos se infiltran en el movimiento) y les adjudica posiciones políticas y culturales. Las políticas pronto son perdi-

plena formación. He ahí lo lamentable, porque la continuidad del pensamiento en la acción generacional que lo facilite a la juventud, interesada en asimilarlo, revela la fortaleza de aquél como remedio para afrontar nuestro problemático destino.

ARNALDO MUSICH.

[1] No es éste el momento oportuno para detenerse en el pensamiento político de Rosas. Sin embargo no están demás algunos ejemplos que tal vez induzcan al lector al estudio detenido de su época. 1º) La intención de Rosas de rehacer el Virreinato de Buenos Aires, esa "obra de discer- "nimiento, de inteligencia, realizada por la administración española des- "pués de varios siglos de experiencia sobre el gobierno de esta parte de "Sud-América" (J. Irazusta, "Ensayo sobre Rosas", pág. 59). 2º) La "preocupación por la cultura: "fomento de la enseñanza de la religión "en las escuelas, aumento de éstas, introducción de comunidades religiosas "dedicadas a la enseñanza, restauración de los estudios humanísticos (has "ta con examen de latín para algunas materias), entrega de la Univer "sidad a los jesuitas, etc." (op. cit. pág. 68 y 69).

HISPANISMO ACADEMICO

La Academia Nacional de la Historia ha resuelto, con la misma oportunidad de otras veces, que el período hasta hoy oficialmente denominado *colonial* deje de llamarse de ese modo para conocerse bajo el nombre de *dominación hispánica*. La ilustre corporación, al recapacitar que España no tuvo colonias sino dominios y que la expresión *colonial* infiere un agravio, mientras que la clasificación aconsejada determina más exactamente el sentido espiritual de las relaciones entre España y América, no hace más que dar carácter *oficial* a una expresión utilizada desde hace tiempo por por algunos de nuestros mejores historiadores. La Academia se pone, de este modo, a tono con la hora que vivimos, y se acerca, reflexivamente, a la política hispanista en que se halla —o se hallaba— comprometido el gobierno del país.

Pero si nos atenemos al sentido de la expresión propuesta, veremos que ella es aplicable solamente en algunos casos, y no en la generalidad, como pareciera pretender la Academia. Necesario es confesar que las palabras *colonial*, *periodo colonial*, *estilo, colonial*, *una morocha de ojos coloniales*, representan más que *dominación hispánica*, *período de la dominación hispánica*, *estilo de la época de la dominación hispánica*, *una morocha con ojos como los del período de la dominación hispánica*, etc., expresiones que, amén de su extraño sonido, no demuestran cabalmente la idea de lo que deseamos definir y le restan sentimiento y emoción. En una palabra, develan la maja.

Estamos de acuerdo con la iniciativa de la Academia Nacional de la Historia, fundada en dictámenes de hombres consagrados como admiradores de España y su inmarcesible grandeza; no dudamos del patriótico sentimiento de revalorización y reestructuración de la nomenclatura histórica argentina: sólo es nuestro deseo apuntar que, para ciertas expresiones, mientras no se halle algún sustituto más gráfico y menos absolutista que la palabra *colonial*, ésta será, a pesar de los fundados dictámenes académicos, insustituible en su sentido ideológico, aún para nosotros, defensores de la obra española en América.

Anotemos, en fin, que la Academia Nacional de la Historia sigue la marcha del tiempo...

CUM CAESARE.



CORREO ARGENTINO
Central
FRANQUEO PAGADO
Concesión Nº 4330
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 4045